

sirven, que no es para ahuyentar las musas, sino al contrario, barrer de enemigos el terreno donde ellas, al amparo de la sagrada oliva, puedan reinar, acompañando al dios Esminteo, coronadas de laurel incorruptible.»

Por el fonógrafo,

CLARÍN.



LOS PAZOS DE ULLOA

NOVELISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORÁNEOS

LOS PAZOS DE ULLOA

Novela original, precedida de unos apuntes autobiográficos

por

EMILIA PARDO BAZÁN

TOMO I

BARCELONA

Daniel Cortezo y Compañía, editores.

NADA de lo copiado tiene desperdicio. Los señores Cortezo y compañía, de quien yo no puedo hacer grandes elogios porque podrían creerlos interesados los maliciosos, han emprendido la publicación de una nueva Biblioteca, que ahora se inaugura con la más reciente novela de mi buena amiga Emilia Pardo Bazán. La casa de Cortezo quiere publicar, en tomos que no sean de lujo, pero sí decentes, de papel bueno y de impresión esmerada, las novelas que vayan escribiendo los «mejores novelistas españoles.»

El intento no puede ser más digno de aplauso; pero

desde luego se puede anunciar que ha de encontrarse con graves dificultades, insuperables algunas. Galdós, que es el mejor de todos nuestros novelistas, por voto poco menos que unánime, es editor de sus obras siempre, y las proposiciones que habría que hacerle para que e tuviese más cuenta dejar sus libros á la Biblioteca del Cortezo, serían tales como no puede resistirlas el pobre mercado literario español, que si ahora empieza á merecer ser tomado en cuenta, todavía está muy lejos de ofrecer serios caracteres de garantía para las salidas de una industria viable. Pereda, otro buen novelista, de los buenos de verdad, aunque más accesible que Galdós en materia editorial, tampoco puede ceder un libro sin exigencias muy legítimas, pero bastante caras. Valera y Alarcón... no sé lo que pensarán; pero nada hace esperar por ahora que tengan ánimo de escribir novelas. ¡Ojalá Dios les toque en el corazón! Y si lo dejan (de Valera no lo creo) porque temen no ser apreciados como merecen, prueben y verán; que si salen á luz *Sombreros de tres picos*, *Niños de la bola* (á pesar de sus grandes defectos), *Pepitas Jiménez*, *Doctores Faustinos*, el público y la crítica, ó lo que haga sus veces, acogerán con entusiasmo tales obras sin ponerse á observar con qué uniforme vienen, si traen el traje blanco y azul del *idealismo*, ó el verde y rojo del *naturalismo*.

Si se retraen por el miedo á la moda, se engañan, porque también el naturalismo es ya una antigualla; diga-

lo si no el decadentismo y el flamante simbolismo, que si aquí aún no han hecho ruido, empezarán pronto. ¡La moda, los *ismos!* *Vade retro!* Todos hemos pecado, arre pintámonos todos. ¡Viva el arte, vivan los artistas! Es absurdo, casi criminal, contribuir á que por el triunfo pasajero de una manera, de una tendencia, siquiera traigan nuevos ó renovados elementos legítimos, se dé por arrinconado y gastado á un ingenio todavía lozano. Mientras Victor Hugo vivió y escribió (y escribió hasta morir), el romanticismo vivía (sin contar con la vida que se deja en los hijos), vivía, dígame lo que se quiera, fuerte y con bríos en sus obras, grandes todas ellas, aunque unas más que otras. Si Feuillet parece anticuado, como lo prueba *La Muerta*, es porque Feuillet era un ingenio enfermizo, una flor delicada, que tenía el gusano de la falsedad metido en lo más honrado. No se mira para llamar viejas ó jóvenes á las obras de arte, al expositor ni á las reglas á que obedecen, sino á la fuerza viva de que nacen, á su origen natural, no abstracto, al ingenio del autor. Si éste permanece lozano, lozana es la obra.

Otro ejemplo: si Tamayo es todavía el mismo que escribió el *Drama Nuevo* y *Locura de Amor...* venga al teatro, como vino Ayala en pleno *Echegaray* á gozar sus mejores laureles después de diecisiete años de retraimiento. Dénos una *Consuelo* Tamayo, aunque sea monja, y verá si la aplaudimos. No vale hablar de ambiente irrespirable, de público enemigo; no hay más ene-

migos que los majaderos, pero á esos ya se les tapanía la boca, aunque viniesen con fórmulas *modernísimas* recalentadas. La letra mata, el espíritu vivifica; y el espíritu es el que siempre se les escapa á los sectarios tontos. ¿A propósito de qué diría yo todo esto? ¡Ah, sí! A propósito de la Biblioteca nueva de Cortezo. Pues bien: después de lo expuesto, sólo me queda volver á elogiar el buen propósito de estos diligentes é ilustrados editores y desearles un buen éxito, que será de tanto mayor mérito cuanto más difícil.

* * *

Si algo vale para el porvenir de una empresa el empezar con pie derecho, eso tiene adelantado la Biblioteca de novelistas españoles contemporáneos. Su primer tomo es una obra hermosa por varios conceptos. En ella nos da la famosa autora de la *Cuestión palpitante*, por vía de introito, unos apuntes autobiográficos escritos con pluma pulquérrima, amable ingenuidad y original manera. No era de esperar en esta autobiografía, publicada en lugar de un prólogo y cuando quien la escribe no ha llegado ni á la cumbre de su gloria, ni á los treinta y cinco años de edad, una historia de su vida exacta, minuciosa y profunda. La señora Pardo no cuenta de su existencia más que los sucesos y pensa-

mientos que tienen relación directa ó indirecta con el arte.

El carácter de la ilustre gallega no se presta tampoco á esas *introspecciones* psicológicas que llevó al extremo el ya célebre catedrático ginebrino Enrique Federico Amiel, del cual dice el satírico Bergerat que se pasó la vida mirándose el ombligo. Para caer en tales obsesiones se necesita tener una clase de talento, y sobre todo un temperamento muy distinto del que me complazco en observar, siquiera sea larga distancia y sin haberla visto nunca, en mi estimada compañera de *naturalismos* y fatigas.

El abuso de la observación psicológico-egoísta, la contemplación de la *egoidad* (como decía Salmerón hace años en cátedra, con gran escándalo de su discípulo M. Pelayo), llevados al quietismo, no pueden ser más nocivos en que caiga espíritu tan vividor, retozón, sensible á las impresiones forasteras como el de Emilia Pardo. A fuerza de mirarse uno mucho á sí mismo, llega á no verse, ó á verse multiplicado. Amiel confiesa que él llegó á reconocerse como «una caja de fenómenos», y krausista español hubo que se vió siendo como con Dios como si tal cosa. Emilia Pardo no es así; su admirable salud moral y material (tal vez una miseria) la tiene de por vida apartada de semejantes honruras peligrosas. Si los libros anteriores, aun los que por su asunto la llevaron más cerca de las profundidades psicológicas, no probaran cuán firmemente está aquel

ánimo agarrado á la superficie de la tierra, de la realidad quiero decir, demostraríanlo estos apuntes en que se nos revela, antes que nada, la historia de la educación de esta mujer, tan sin ejemplo en España. Llegó á interesar, hasta enternecer, la narración de las aficiones literarias de Emilia, de sus vicisitudes y etapas. Tiene, á su modo, un gran parecido esa historia con la de Robinsón fabricando por sí solo todo lo necesario para poder sustentarse en su isla desierta. Isla desierta era España para una española decidida, por vocación sería, constante, á ser un espíritu de varón fuerte y sabio. Con elocuencia que iguala tal vez á la de aquella famosa fábula popular, nos revela nuestra autora las fatigas que le costó aprender lo que sabe, siendo mujer y siendo española.

Considerada desde este punto de vista, la personalidad de Emilia Pardo Bazán siempre tan simpática, inspira nuevo, fortísimo interés, adquiere más relieve y originalidad, y merecería un estudio *psicólogo-individual* profundo... si en España hubiera quien cultivara el género. — Pero volviendo á lo que indicaba, en esa misma historia de las aficiones y lectura y de la notable escritora, se vea de ver cuánto más la interesa el mundo que los cómodos rincones del alma propia. Afán de saber, de recorrerlo todo, de perfeccionar estudios de un género con el complemento de otros afines; un cultivo extenso del espíritu, por decirlo así: esto se nota sin más que atender á los datos suministrados con hermosa ingen-

dad por ella misma. Una suprema depurada curiosidad transcendental podría llamarse el impulso constante que la mueve.

Se trata, al fin, de una mujer *que quiere verlo todo* en la ciencia, como otras quieren verlo todo... en un almacén de ropa blanca. Nada de eso quiere decir, y es en rigor ocioso el advertirlo, que se trate de un espíritu superficial, en el sentido corriente de estas palabras, sino de un temperamento de exuberante fuerza asimiladora, que necesita mucho alimento, que consume mucho y vive á expensas del ambiente que busca afanoso, y no de su propia sustancia. Por eso mismo es el de doña Emilia un espíritu tan sano...

Y no me perdonaría yo estas psicologías, tal vez impertinentes, si no las disculpara el servirme para comenzar la segunda parte de mi artículo, esto es, el análisis, siquiera sea rápido, de *Los Pazos de Ulloa*, y de camino de los caracteres que predominan en el talento de Emilia Pardo Bazán en cuanto novelista. Pero, recordando que escribo en un periódico que necesita mucho sitio para la política, y que la materia restante exige no poco espacio, por mucho que yo abrevie, déjolo por hoy, prometiendo terminar dentro de ocho días.

II

Hace pocos días leía yo un artículo reciente de M. Brunetière uno de los críticos de la *Revue de Deux Mondes*, artículo que tiene por asunto la influencia de las mujeres en la literatura francesa; y se me ocurría aplicar aquellas reflexiones del crítico, y sus datos, al asunto que pronto había de dar materia á mi pluma: la novela de Emilia Pardo Bazán. Dice Brunetière que la literatura francesa debe á las mujeres literatas y á las que sin serlo amaron las letras y reunieron en sus salones á los escritores notables de su tiempo, muchas de las buenas cualidades que todos los pueblos cultos reconocen, y también muchos de los defectos que son incorregibles.

La mujer necesita claridad, sencillez, pulcritud para entender y poder decorosamente atender.

De aquí, en gran parte á lo menos, las condiciones de una literatura que quería agradar á las damas: orden, proporción, elegancia, estilo exacto y diáfano, corrección y gracia.

Pero de aquí también la necesidad de rechazar muchos modos de decir que podrían ser enérgicos, pero cortesanos, no propios de un salón parisién, y además (y esto es lo más triste) la necesidad de prescindir

varios asuntos, entre ellos los más importantes de la vida. Y entre otros, recuerda Brunetière un ejemplo histórico que confirma lo dicho. Cada vez que en la tertulia de Mme. Geoffrin la conversación «menaçait de s'émanciper... sur l' *autorité*, sur le *culte*, sur la *politique*, sur la *morale*, sur les gens en place ou sur les *corps en crédit*, la maîtresse de la maison s'empresait d'arrêter les imprudents d'un: *Voilà qui est bien!* et de les envoyer, comme le disait elle-même, faire leur sabbat ailleurs.»

En España no hay salones como el de Mme. Geoffrin ó el de Rambouillet, ni siquiera como el de la princesa Matilde ó el de Mme. Adam; y los que haya que remotamente pudieran ser comparados á esos, no influyen en nuestras letras; mas si por este lado para nada nos sirve la referencia apuntada, tráigola á cuento pensando que Emilia Pardo es *escritora* y es *dama*, y dama tan pulcra y de tan exquisitos gustos y aristocrático trato como la primera que use de estas cosas sin exagerarlas. Y aquí el conflicto es mayor; porque si los escritores franceses de que el crítico habla, trataban tales ó cuáles asuntos limitados por su deseo de agradar á las mujeres de los salones, y en determinada forma, también por agradarlas, para poder ser leídas por ellas, mayores serán los esfuerzos que Emilia Pardo ponga en agradarse á sí misma, en poder ser leída por la dama distinguida que lleva siempre consigo. Por mucho que un escritor quiera sacrificar al buen éxito entre las

mujeres, más estará dispuesta á conceder á las *condiciones del sexo* la mujer misma.

Si las filosofías de Caro, v. gr., deben, como quiere la malicia, su optimismo elegante y algo lánguido á la coquetería, al deseo de gustar al *eterno femenino*, ¡cuánto más se mirará en sus filosofías una mujer que ante todo quiere continuar siendo una señora, una dama española! ¿Y el naturalismo de Emilia? se dirá: ¿y su defensa de Zola?... Eso no es nada. Sólo los necios ó los espíritus groseros, ó los mal intencionados, han podido pensar que la ilustre gallega necesita descalzarse el guante para escribir apologías del naturalismo según ella lo entiende.

Monja profesa podría ser, y escribir como escribe y lo que escribe. Obispos y Arzobispos han sancionado muchos de sus escritos, y los que no han autorizado libros los dejan correr sin condenarlos ni explícita ni implícitamente. Por eso ella dice siempre que hace falta, «católica era, católica soy;» y en punto al *decorum*, que diría Cristiano Tomassio, no sospecha, y hace bien, que haga falta defenderse, pues en esta materia sólo tienen voto las personas decentes y ni una sola puede tener duda sobre el caso.

En suma, que Emilia Pardo se prohíbe á sí misma todo lo que no consentiría que pasara en sus salones. Y está bien, y así debe ser, y no será de otra manera.

Pero de aquí nace, fatalmente, una limitación de varios aspectos, que si en todo tiempo y en toda litera-

tura es lamentable, lo es mucho más en nuestros días, en nuestra patria y... en el género de novela á que Emilia Pardo parece más aficionada, y en que hasta ahora exclusivamente ha trabajado.

Empecemos por lo último; por el género de novela que cultiva. No le gusta soñar en voz alta; si tiene visiones, las guarda para sí, y sin maldecir de la pícara psicóloga como el famoso Zola (psicólogo-artista de primera clase, á su modo), si mira nuestra autora con cierto desdén *los intereses del alma*, prefiriendo siempre la luz de fuera, las formas plásticas, y en el ineludible *argumento*, someras relaciones sociales, y, cuando más, estudios de caracteres sencillos y aun vulgares. Nadie achaca á pobreza de ingenio, ni menos á falta de penetración, tales preferencias; es que Emilia encuentra la naturaleza más digna de atención que el hombre interior, y los personajes de sus novelas, con algunas, pocas, excepciones, son ejemplares del bípedo implume, que no es el gallo desplumado del Cínico, sino el más alto representante de la evolución en lo zoológico, pero al cabo parte del *paisaje*, como un ciervo, un rebaño de carneros ó un corral de gallinas.

Y aun metida á pintar la vida humana, lo hace como Buffón en sus graciosas descripciones de las costumbres de los animales, y á lo sumo con el interés del sociólogo positivista que nos estudia por manadas ó por piaras, según su gusto.

Todo eso está bien y es muy legítimo, y un modo

de escribir y entender las cosas como otro cualquiera. Así lo entienden, ó dicen entenderlo, Zola y otros muchos. Pero es el caso que en esta clase de literatura es necesario herrar ó quitar el banco. No basta decir; yo no quiero llegar á ciertas exageraciones. Será exageración el dejar que se impriman palabras sucias, el pintar cuadros demasiado gráficos, el describir lo obsceno; pero en lo demás, á que también se llama exageración y no lo es, está lo principal.

Una señora española que no quiere dejar, no ya de serlo, sino de parecerlo, no puede escribir una novela como *Nana* ó como *Safo*. Diciéndolo así, me explico más pronto.

Sin necesidad de ahondar para ver si hay (yo creo que sí) en el ingenio de Emilia Pardo las cualidades necesarias para escribir en el género que prefiere novelas interesantes de cosas de fuerza suficiente para hacer sentir y reflexionar; sin necesidad de detenerse en esto, digo, se puede predecir que siempre serán obstáculo para que las obras de imaginación de tal clase que escriba la señora Pardo Bazán suban al alto mérito que les corresponde, las condiciones sociales en que vive esta mujer y los miramientos de varios órdenes que muy legítimamente se cree obligada á guardar.

Estas verdades que me complazco en exponer de este modo dogmático y seco, porque cuento con la perspicacia de la muy ilustre dama, con su modestia verdadera y su amistad firme, podrán sonar á censuras

arbitraria y fantástica en otros oídos, no en los suyos. Demasiado sabe ella lo que quiero decir, y que de la claridad y brillo de su ingenio no es de lo que se trata.

Emilia Pardo, con la vida que hace y que forzosamente tiene que hacer, siendo quien es, no puede conocer ni á los hombres, ni á cierta clase de mujeres, como es indispensable para escribir verdadera novela del mundo. Tenemos ya tres limitaciones; no puede nuestra dama hablar de ciertas cosas, aunque las conozca más ó menos, por ser ella quien es; no puede hablar en la forma que ellas exigen de otras materias que, con un poco de atrevimiento, le es lícito abordar, y además, hay muchos asuntos, los más y mejores de los que debe pintar la novela realista social, que no puede conocerlos Emilia Pardo por causa de las exigencias de su sexo y de su posición en el mundo. Es cierto que el novelista más analítico y más *experimental* inventa mucho, adivina muchísimo (y este es el sello de sus facultades de novelista); pero aun así, el punto de partida es la realidad, la observación, si no minuciosa y técnica (que no sobra), profunda, constante y muy extensa.

Pues con ser muy importantes para el resultado todas esas limitaciones que la necesidad impone á nuestra autora, todavía hay otros obstáculos de más cuenta y de los cuales hay que hablar con más cuidado, con mayores miramientos, si cabe, pues existe algo más respetable aún que el decoro de una dama: la susceptibili-

dad de un creyente sincero. Ese *pudor de la fe*, como pudiera decirse, que se encuentra en algunas almas piadosas, es una especie de virginidad del espíritu, acompañado en ocasiones de la inocencia—encanto sobre encanto.—Manchar esta pureza es obra de groseros varones que hablan en negro catedrático y torturan conciencias y marchitan ilusiones celestiales con la misma frescura con que un aguador de pies de apóstol y zapatos con herraduras podría pasearse por un campo de violetas sin sentir siquiera el perfume de sus víctimas. Siempre recuerdo con agradecimiento y dulzura de espíritu la suavidad con que D. Nicolás Salmerón tocaba á nuestras conciencias de adolescentes cristianos en su cátedra; suavidad y delicadeza sólo superadas por el tacto exquisito y espíritu evangélico de D. Francisco Giner, mi constante maestro.

Yo aprendí de ellos á respetar convicciones, y el mayor ultraje que me hizo, tal vez sin saberlo, el conde de Toreno, al negarme una cátedra que era mía, fué la implícita sospecha de que fuese yo un librepensador como el boticario Lomais de Flaubert, capaz de apedrear y despedazar con las herejías que á mí me se ocurriesen, el fanal en que guardaran su fe mis discípulos.

Va todo esto delante, porque al tocar ciertas materias, jamás me perdonaría que la señora Pardo, mi amiga, me creyera imprudente, ó mal intencionado, ó falto de tino. No lo tema: la buena fe me ayudará en esta

parte delicada é importante; y espero que si lee el próximo artículo (ya tiene que ser otro), el último de fijo, no se verá en la precisión de mandarme, aunque lo sienta... *faire ailleurs mon sabbat*.

III

Tiene razón Valera cuando dice en su último artículo de la *Revista de España*, que la teoría del *arte por el arte* es buena dentro de sus límites, y que para darla por tal es preciso entenderla de un modo profundo, pudiéndose, en fin, escribir mucho sobre la materia. Sí, es verdad; el arte por el arte, como puede entenderlo Valera, es doctrina segura y fecunda en bienes de varias clases; pero el arte por el arte, entendido como lo entiende y puede entenderlo Cánovas (véase su prólogo á los *Autores dramáticos contemporáneos*), es doctrina baladí que degrada la poesía. Todo lo que dice Cánovas respecto del teatro y de su condición de juego (toma la palabra de la estética de Schiller, entendiendo mal la idea de este poeta, y peor el alemán), tiende á rebajar la importancia del arte y á arrojarle de su categoría.

Emilia Pardo, que también cree que la producción de lo bello se basta para ser algo importante, sin necesidad de propósitos ulteriores, no piensa por esto que

el arte sea un puro entretenimiento, ni siquiera, aun reconocida la grandeza de su propio fin, actividad aislada de todo lo demás de la vida. El arte no puede menos de recibir influencias y de influir en otras esferas; y así como es muy legítima la reclamación del artista que ante todo quiere ser juzgado como tal, no lo es menos la pretensión del historiador y del crítico literarios que buscan relaciones de coordinación y subordinación entre la obra artística y lo demás de la vida actual, y no aprecian el valor de esa obra, ni aun el intrínseco, el técnico, prescindiendo de todo mérito relativo á grandes elementos de la realidad que no son el arte mismo.

Yo creo firmemente que esa fórmula del arte por el arte está en cierto modo anticuada, y que si sirvió perfectamente para combatir la literatura didáctica, y también en parte la tendenciosa, no es útil ante los propósitos de las nuevas generaciones artísticas, que rechazan—es claro—la obra de *tésis*, así como suena, pero que reconocen que lo positivo, lo real, lo natural, han de estar, aún más que en el contenido artístico, en el intento, y que ese intento vive, y debe vivir, y tiene que vivir, en solidaria existencia con todo lo demás, que es el artista, amén de poeta. Y prescindir de esto es renegar de lo natural, de lo real, en el punto y momento en que más importa.

Cuando á mí me consta que un escritor tiene ideas propias y un sentimiento vivo y original respecto de los más grandes asuntos de la vida y de la realidad toda,

no puedo decir que las obras maestras de ese escritor sean aquellas en que no veo nada de lo que medita y siente el autor tocante á los más interesantes objetos.

Nótese que lo que se desea ver no es la opinión, mejor, las opiniones; no se le pide que forzosamente sostenga, por modo artístico siquiera, una causa, una religión, una filosofía, un sistema político ó social, etc., etc. Esto puede hacerlo ó no hacerlo, según el género de su inspiración, de su estilo, de su temperamento. Pero las ideas, los sentimientos, las impresiones, los conceptos, no son las opiniones; son el alma vista por dentro, son la forma de la *factura* de un espíritu que es parte de la realidad psíquica de su tiempo, de su pueblo, de su raza, de su comunión, de lo que fuere.

Leo á Flaubert en sus novelas, y á pesar de su programa de *impersonalismo*, cumplido casi al pie de la letra, y sin que haya en esto contradicción, veo en esas novelas todo lo que necesito para conocer las ideas, el carácter espiritual, hasta el temperamento del autor con relación á los más graves asuntos.

Y, en efecto, leo después sus cartas á Jorge Sand y otros amigos; leo lo que éstos dicen de él, y en De Camps, en Goncourt, en Zola, en Guy de Maupassant y tantos otros, encuentro, lo mismo que en esas cartas, lo que yo había visto ya confirmado, documentado, explicado, dilatado, pero en el fondo lo mismo. ¿Qué libro habrá más impersonal (*técnicamente*), que *Bouvard et Pecuchet*? Y sin embargo, se podría reconstruir

sólo con él, no las *opiniones* de Flaubert, pero sí los rasgos principales de su espíritu en las múltiples relaciones del pensar, del sentir y del querer con los más interesantes aspectos de la realidad, en cuanto ésta puede estar en contacto con el alma.

Y confieso humildemente que en las novelas de doña Emilia no veo esto. No veo ideas sentidas ni sentimientos reflexionados; no veo el alma de esta señora, que tanto tendrá que ver. Veo á la mujer de gran talento, de suma habilidad, que aparece en la *autobiografía*; á la gran curiosa, á la sabia y erudita, á la dueña del idioma, á la maestra del estilo, á la dama de aptitudes universales, que no fué música porque no quiso, coincidiendo en este odio al pentagrama con Hugo, Gautier, Zola, Goncourt y otros muchos autores modernos; que lo mismo habría de discutir con el señor Calcaño que rivalizar escribiendo la vida del Cristo de Umbría con Carlos Hasse; la dama que pinta, la dama que tiene correspondencia con medio mundo literario, la dama que viaja, la dama que examina *libelots* en un bazar y pergaminos en una biblioteca, la crítica insigne, la novelista graciosa, discreta, perspicaz y con cien colores en la pluma; veo mil maravillas en un microcosmos...

ma la gloria non vedo...

es decir, también veo la gloria, pero es la gloria de los laureles, la gloria como premio que nadie disputa y

que no hace al caso; lo que no veo es la *gloria* que yo busco.

De Alfredo de Musset se ha dicho que eran sus obras un hermoso paisaje... pero sin cielo. En Musset, dado que ese cielo faltase, se explicaría el defecto fácilmente: el autor de *Namouna* no creía en el cielo.

Si en las novelas de la ilustre gallega falta lo celestial—no lo celeste,—no es por motivo análogo, sino porque la autora, de propósito sin duda, busca argumentos y sesgos y puntos de vista en que huelgue todo lo que yo llamo celestial, y que es claro que no es precisa, y menos exclusivamente, el cielo; es decir, la mansión de los bienaventurados.

Sería absurdo decir que, dados los asuntos escogidos por Emilia Pardo en sus novelas, y el corte dado á la materia, se echa allí de menos, sin atender más que á la lógica de las narraciones, nada de eso que yo recuerdo. Es claro; como que nunca será falta de habilidad, ni impotencia, ni inopia lo que se note en la autora; si así fuera, ya me guardaría yo de echárselo en cara de ese modo. Lo haría prescindiendo de hablar de sus obras, como voy prescindiendo de examinar las de otros. Lo que yo digo es que Emilia Pardo no *quiere* enseñarnos su espíritu en sus novelas, y para ello se abstiene de penetrar en la sustancia de las cosas; y á riesgo de parecer inferior á sí misma, publica libros de arte en que se la ve menos que en sus mismas obras críticas; es decir, el peor defecto de un poeta, si no

fuera que aquí se trata de un deliberado propósito.

No fijándose bien en todo esto, algunos dicen que vale más Emilia Pardo como crítico—ó *crítica*—que como novelista. Yo no lo diría así. Diría que hasta ahora se ha dejado ver más como escritora de opiniones—*crítica*—que como artista. ¿Por qué? ¿Por falta de ingenio, de habilidad para expresar lo hondo, lo importante, lo *celestial*, como antes decía? No. ¿Por falta de materia, por no tener nada que mostrar y defender y hacer interesante? Tampoco. ¿Por puro capricho? Menos. ¿Por qué?

Renuncio á contestar á esto, porque hacerlo cumplidamente, y con la delicadeza que el asunto exige, sería obra muy larga y difícil.

Yo sólo puedo decir que el gran dogma, verdaderamente moderno, de la tolerancia, me impone tales miramientos; que á veces un hombre bien intencionado se ve en la obligación de pasar por ecléctico sin serlo; como pasa Renán por un *dilettante* en filosofía, siendo su doctrina y su espíritu de tolerancia cosa muy superior á todos los *dilettantismos* y á todos los eclecticismos.

Yo veo la legitimidad de la reserva que noto en las obras de Emilia Pardo, y no me atrevo á decir nada que pueda parecer como una invitación á cambiar de conducta. Aparte de que, como dice muy bien un discretísimo crítico francés, joven, pero de gran consejo, un escritor verdadero no puede, aunque quiera, prescindir de

las tendencias que, aun contra su ánimo, trae consigo la inspiración; y aun si lo logra, movido por la eficacia de la crítica, se perjudica, se disloca, se violenta y deja el camino verdadero. Sí, es verdad: más vale que el talento siga su marcha natural, con todos sus inconvenientes y límites, espontáneamente, oyendo voces interiores y obediente al impulso de la fuerza misteriosa ya adquirida. Por eso en este caso me abstengo,—aparte de aquel otro motivo—de dar consejos, de suplicar, en bien del arte, cambios que á mí me parecen ventajosos.

Yo no hago más aquí que apuntar la observación de un hecho, señalar sus causas y los resultados.

Y después de tantas salvedades, ¿no me será lícito decir que no concibo la realidad partida en dos pedazos? Que no comprendo á mi buena amiga cuando dice que para los de tejas arriba le *convenia* la filosofía mística, y para lo de tejas abajo el criticismo kantiano. ¡Tejas arriba! ¡Tejas abajo!

¡Ah, señoral! ¿Y si lo más *místico* y lo más *crítico* fuera que no hay tales tejas? Yo creo en lo de abajo y en lo de arriba; pero en las tejas no creo. *Intelligenti pauca.*

* * *

Y viniendo ahora á *Los Pazos de Ulloa*, que ya es tiempo, declaro que no fué nunca mi propósito en estos artículos hablar de esa novela determinadamente, por

la sencilla razón de que no se ha publicado de ella ni la mitad siquiera. Cuando la conozca entera, que pienso ha de ser pronto, terminaré las anteriores observaciones, y acaso me atreveré á ser más explícito. Y digo terminaré, porque dejo dos puntos de los señalados sin tratar ahora. Había dicho que el género de novelas que doña Emilia cultiva, pide por su condición atrevimientos que ella no tiene, y algunos que no puede ni debe tener. Pero además señalaba exigencias análogas en el tiempo y en el país en que la señora Pardo Bazán escribe. Y estos son puntos que no pueden exponerse en pocas palabras. Quédense, pues, para la segunda serie de estos artículos, ó sea para el día en que conozcamos el segundo tomo de *Los Pazos de Ulloa*.

De los cuales por ahora sólo he de decir que prometen ser la mejor novela de su autora.

En el lenguaje y en el estilo se nota, con la maestría y corrección de siempre, más vigor y habilidad que nunca; el argumento es, por lo visto, más interesante, y en su exposición hay la habilidad que se apreciaba ya en *El viaje de novios*. El arte con que nos presenta al héroe, especie de Quinto Fixlein católico, á lo que parece, y la fuerza significativa de las primeras escenas, demuestran grandes adelantos en la habilidad técnica, que es cosa mucho más importante de lo que juzgan algunos pobres hombres (y mujeres) que han oído naturalismo y no saben dónde, y creen que eso de imitar la realidad es coser y cantar, y comenzar por donde quie-

ra y como quiera.—Doña Emilia, talento de primer orden, está por encima de estas aberraciones, y sabe que ahora y siempre inflar un perro ó escribir una obra de imaginación que pueda tenerse en pie, es más difícil de lo que piensan los que van á buscar inspiración en la moda, y maña y fuerza en las reglas, peor ó mejor entendidas, de retóricas nuevas, que, como las antiguas, tienen parte buena y parte mala.

El escenario de *Los Pazos* se parece al de Bucólica, preciosa narración en que la discretísima dama coruñesa ha puesto, á mi entender, lo más exquisito de su ingenio y de su maestría artística... A no ser que *Los Pazos* lleguen á ser, como puede esperarse, joya aún más excelente. Dios lo quiera, ó, mejor, lo haya querido.

Y antes de concluir, pido perdón á mi ilustre amiga, y á mis lectores también, por estos tres interminables y no terminados artículos, donde apenas hablo de la materia que les da título.

Sírvame de excusa para todos estos extremos, y otros, la buena intención con que he escrito.